

Conservatismo y catolicismo en Colombia, 1880-1930

Ricardo Arias Trujillo

Universidad de los Andes, Bogotá

Introducción

El conservatismo ha sido una de las dos fuerzas políticas dominantes a lo largo de la historia colombiana. Junto con el liberalismo, muy pronto se convirtió en un gran protagonista político, y su influencia ha sido decisiva desde mediados del siglo XIX. Desde muy temprano, las fronteras entre los dos rivales que se disputaban el control del país se fueron delineando. Durante el siglo XIX, las principales controversias se centraron, grosso modo, en tres grandes asuntos. Por una parte, las relaciones entre el Estado central y las regiones dieron lugar a álgidas discusiones entre federalistas (liberales) y centralistas (conservadores). Por otra, las relaciones entre el Estado y los individuos planteaban el no menos delicado problema de las libertades ciudadanas, que no tenían buena acogida en los sectores conservadores. El tercer motivo de discordia se dio en torno a las relaciones entre el Estado y la Iglesia católica, cuya enorme influencia no tardó en suscitar un profundo anticlericalismo en las filas liberales. Estas diferencias, propias a los estados en formación latinoamericanos, derivaron con frecuencia en conflictos armados, las llamadas “guerras civiles” decimonónicas.

A comienzos del siglo XX, la sociedad colombiana empezó a conocer una serie de transformaciones que hacían parte del proceso de “modernización”: la industrialización, el auge urbano, el desarrollo del capitalismo y ciertos indicios de secularización, entre algunos factores, pusieron sobre el tapete otro tipo de desafíos y debates. En ese nuevo contexto, las fronteras entre liberales y conservadores conocieron importantes modificaciones: por un lado, las disputas entre federalistas y centralistas quedaron definitivamente zanjadas a favor de los segundos; por otro, sin desaparecer del todo, el “problema religioso” pasó transitoriamente a un segundo plano tras la consolidación de los conservadores en el poder, que se tradujo, como era de prever, en el fortalecimiento del catolicismo; por otro, la “cuestión social” se

convirtió rápidamente en uno de los principales puntos de discordia entre los conservadores y algunos sectores del liberalismo, sensibles a la miseria y explotación en la que vivía la masa campesina y, sobre todo, el naciente proletariado.

En todos estos debates y controversias, el conservatismo jugó un papel determinante, en la medida en que dominó el escenario político sin mayores obstáculos. Entre 1880 y 1930, los conservadores gobernaron el país y lo hicieron aplicando una nueva constitución que ellos mismos implantaron en 1886. Su poder se reforzó gracias al desenlace que tuvieron las últimas guerras civiles del siglo XIX, en las que vencieron reiteradamente a sus rivales, hasta acallarlos por completo en la última de ellas (1899-1902). En esas condiciones, los conservadores quisieron imponer sus puntos de vista en los ámbitos más diversos de la sociedad. El medio siglo durante el cual ejercieron el poder se conoce como la “hegemonía conservadora”, una denominación con la que se pretende resaltar precisamente la firmeza del conservatismo. ¿Cuáles fueron las principales propuestas, programas y proyectos que pusieron en marcha los conservadores durante este periodo? Como ya lo insinuamos, durante esos años la sociedad conoció importantes cambios que repercutieron en el plano intelectual. En otras palabras, el pensamiento conservador —así como el de otros partidos— también se modificó. Conviene, por lo tanto, enmarcar las ideas en unas condiciones de posibilidad particulares. Al abordarlas desde una perspectiva histórica, reconocemos que éstas no permanecen inmunes al paso del tiempo, como si pudiesen ser aprehendidas por fuera de todo contexto. Este asunto remite a uno de mayor calado. Si las ideas conservadoras se han ido transformando con el tiempo, ¿qué es lo que define o caracteriza al conservatismo?

El texto que proponemos al lector permite apreciar la complejidad del problema planteado. A través de algunos casos que hemos seleccionado, se podrán observar no solo los cambios y evoluciones del pensamiento conservador entre 1880 y 1930, sino además importantes fisuras y divergencias dentro del conservatismo, que refuerzan la necesidad de preguntarse por una posible definición de la eventual “naturaleza” del conservatismo. Para tratar de entender qué era ser conservador, vamos a remitirnos a lo que pensaban al respecto importantes representantes del conservatismo colombiano en tres momentos particulares. En primer lugar, estudiamos los años que van de 1880 a 1910, durante los cuales se sentaron las bases del Estado confesional, en particular mediante la Constitución de 1886. La enorme influencia del clero, apoyada por muchos conservadores, suscitó

recelos y temores en otras figuras del conservatismo, que dudaban de los supuestos beneficios de una vinculación demasiado fuerte entre lo religioso y lo político. La segunda década del siglo xx, que vio el surgimiento de una nueva tendencia política conocida como el “Republicanismo”, permite encontrarnos con una versión muy novedosa del conservatismo, que no duda en apoyar una serie de valores democráticos y en darle cabida a los liberales, actitudes por entonces poco comunes dentro del conservatismo tradicional. Finalmente, en la tercera parte del trabajo, que cubre la última década de la hegemonía conservadora, veremos que el creciente problema social generó diversas respuestas por parte del conservatismo: mientras la mayoría no dudó en inclinarse por las vías represivas y en aludir a los beneficios de la doctrina social de la Iglesia, ciertas voces minoritarias intentaron responder a las demandas de los sectores populares poniendo más énfasis en las reformas sociales.

De esta manera, podemos abordar el conservatismo y sus ideas teniendo en cuenta la complejidad del asunto. Solo así es posible encontrar matices, variantes, diversidad dentro de un campo que, lejos de responder a la imagen estereotipada de buena parte de la historiografía colombiana, resulta más heterogénea de lo que tradicionalmente se dice de los conservadores. En este sentido, si bien es importante conocer las corrientes dominantes dentro del conservatismo, no hay que olvidar que también ha habido otras tendencias que, aunque menos influyentes, revelan la existencia de otras facetas del conservadurismo.

El estado confesional¹

Las reformas liberales

A finales del siglo xix, los conservadores lograron retomar el poder, poniendo fin a casi tres décadas de dominación liberal, durante las cuales se había puesto en marcha una política anticlerical que intentó debilitar el poder de la Iglesia católica. Con el fin de sacar al país del atraso y del “oscurantismo” en el que se encontraba, los dirigentes del Partido Liberal, obnubilados por lo que sucedía en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, impulsaron, desde 1850, una serie de reformas orientadas a asegurar el “progreso”, a inscribir a

1 Las ideas centrales de este capítulo provienen de mi trabajo, Arias, 2003.

Colombia en la senda de la “modernidad”. Bajo la inspiración de un nuevo modelo del hombre y de la sociedad, quisieron privilegiar al individuo sobre el grupo, la igualdad sobre la jerarquía, el consenso sobre la autoridad tradicional. Para ello, era necesario replantear completamente el papel del clero y del catolicismo, pues asuntos tales como la educación, la familia, los valores morales, estaban profundamente influenciados por el catolicismo. Más aún, la Iglesia gozaba de un enorme poder político desde tiempo atrás, por lo que la intervención de curas y obispos en asuntos electorales no resultaba inusual.

El primer programa del Partido Liberal (1849) señalaba entre sus principales objetivos poner fin a la politización de la Iglesia. La separación de ambos poderes —el espiritual y el temporal—, sin embargo, no bastaba. Era igualmente necesario debilitar el poder de una institución que ejercía una gran influencia en el conjunto de la sociedad y que, por su propia *naturaleza*, se oponía a los valores *ilustrados* que animaban al liberalismo. El fin del patronato, la desamortización de los bienes eclesiásticos y la Constitución de 1863, que barrió de un plumazo toda alusión a Dios, al tiempo que reconocía la libertad religiosa, suscitaron enérgicas reacciones de la oposición, las que, a su vez, radicalizaron a un liberalismo dominado por los sectores más anticlericales. En un contexto cada vez más polarizado, el gobierno estableció el matrimonio civil y la educación laica. Esta última medida desató una nueva guerra civil (1876), en la que miembros del clero participaron activamente al lado de las tropas conservadoras para impedir tanto la “escuela sin Dios” como lo que consideraban el inminente fin de la “verdadera y única familia”.

El contexto de la época no era favorable para las medidas anticlericales: numerosos sectores —campesinos y habitantes de las ciudades, ricos y pobres, hombres y mujeres— se opusieron a las reformas liberales, a las que veían como una seria amenaza para una “nación católica”, constituida mayoritariamente por creyentes, a quienes los “gobiernos ateos” pretendían desconocer sus legítimos y *naturales* derechos. Al igual que lo que sucedía en casi toda América Latina, las cruentas guerras civiles que se sucedieron a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX dieron cuenta de la profunda división que existía en torno a los derroteros que se debían seguir, entre los que el “factor religioso” fue un punto neurálgico. Ante la incapacidad para llegar a acuerdos básicos, en Colombia los dos partidos se trenzaron en una serie de combates armados que resultaron devastadores para la población, no solo por la pérdida de vidas humanas o por sus efectos en la de por sí

precaria economía, sino, además, por el clima de intolerancia y de dogmatismo que las continuas guerras inculcaron en numerosas generaciones de colombianos. La visión del rival político como un enemigo, como una amenaza para el bien del país contribuyó, en muy buena medida, a definir y a consolidar unas lealtades políticas que se alimentaban no tanto de ideas y programas, como de resentimientos y odios que se iban heredando generación tras generación.

Hacia finales de los años 1870, el liberalismo, que había estado en el poder desde mediados de siglo, daba claros síntomas de debilitamiento. Además de los preocupantes problemas fiscales y políticos, sus reformas religiosas no solo eran rechazadas por los opositores tradicionales, sino que los propios liberales no parecían muy convencidos de las supuestas bondades de los valores laicos. En efecto, más allá de la retórica anticlerical, el matrimonio civil o la educación laica no encontraban muchos adeptos; incluso importantes líderes del Partido Liberal enviaban a sus hijos a los más prestigiosos colegios católicos y no osaban apartarse del modelo familiar católico. El historiador Germán Colmenares subraya claramente las profundas contradicciones de los supuestos abanderados de la laicidad, que en el fondo se mostraban tan preocupados por el respeto a los rígidos códigos sociales como los conservadores; y agrega que la “acritud” y la “desenvoltura” del liberalismo hacia “las formas exteriores religiosas”, así como sus constantes desafíos a las exhortaciones de la Iglesia, reposaban en un sustrato racionalista bastante convencional, originado en la “adopción indiscriminada de los puntos de vista, ya históricos, de la Ilustración”. El anticlericalismo liberal, por su vaguedad misma, no llegó “a concretarse en una forma disidente de conciencia religiosa²”.

Si los propios liberales, en su vida privada, no actuaban acorde con los valores y las prácticas que tanto elogiaban en sus discursos y en sus textos, resulta apenas obvio que quienes nunca habían apoyado el anticlericalismo, vieran como algo completamente ajeno —y opuesto— a sus costumbres cuestiones tales como el matrimonio civil, el divorcio, la educación laica y otras medidas impuestas a la fuerza por el ala radical del liberalismo. Si nos preguntamos, entonces, por las razones que podían llevar a un colombiano de la segunda mitad del siglo XIX a identificarse con el conservatismo, uno de los motivos para tener en cuenta sería su profundo rechazo a un liberalismo que parecía desconocer por completo las tradiciones de la mayor parte

2 Colmenares, 1997: 46.

de la población. Como bien lo señala el historiador Jaime Jaramillo Uribe, los dirigentes del liberalismo parecían concentrar todas sus energías en la defensa obsesionada de unos principios intangibles, sin tener debidamente en cuenta el contexto particular en que se querían aplicar esas ideas.

Sustituir la intolerancia política y religiosa por el *fair-play* entre caballeros; el burócrata que todo lo espera del Estado por el pionero de la libre empresa económica; el letrado y el teólogo por el técnico; el espíritu de partido por la inteligencia política que funciona en forma diferente ante situaciones concretas; remplazar el cacique por el ciudadano y el poder político como mantenedor del orden por la espontánea fuerza de cohesión del hombre que posee un sentido claro de sus deberes para con la comunidad, todo eso constituía un programa ideal de perfección humana, pero era difícilmente realizable en la práctica³.

Aquilino Villegas (1879-1940), destacado político, cuenta en su libro *Por qué soy conservador* que no tardó en descubrir que las doctrinas liberales estaban completamente desfasadas con respecto a la realidad del país y que, contrariamente a lo que pregonaban sus adalides, tales ideas no tenían nada de novedoso. Por el contrario, eran obsoletas: “Para nosotros el siglo XIX había gastado y revaluado las doctrinas liberales; ellas eran el residuo lamentable de un romanticismo trasnochado, sin contacto con la realidad, mezclado de un materialismo primario, cuya burda trama se descubría fácilmente”. ¿Qué decir, en efecto, se preguntaba Villegas, de las “viejas ideas que formaban el antiguo credo liberal”? “La libertad absoluta de prensa sin responsabilidad, era un adefesio mandado a recoger”. Lo mismo se puede afirmar de las pretensiones de establecer la “enseñanza obligatoria sin dinero, sin escuelas y sin maestros”; todo ello era “una mentira y un engaño desquiciado de la realidad”. Ni hablar del contenido, de la orientación de la educación que pretendían imponer los liberales: “la enseñanza laica en un país casi unánimemente católico, era un abuso tiránico; y era una inefable tontería creer que en tales condiciones se podía gobernar ignorando el hecho fundamental de la Iglesia católica⁴”.

Villegas nos dice que esa fue una lección política que aprendió en la universidad, cuando estudiaba Derecho. Pero sus afinidades políticas ya se habían definido desde antes, no tanto por razones ideológicas, como por su experiencia familiar. Según nos cuenta, su infancia y juventud estuvieron

3 Jaramillo, 1997: 88-89.

4 Villegas, 1934: 27, 34-35.

enmarcadas en un clima de armonía y de bienestar que se extendía por toda Antioquia, una región muy católica, gobernada por conservadores. Sin embargo, todo ello desapareció por las continuas guerras desatadas por los liberales y por sus políticas anticlericales. En consecuencia, “liberalismo para los míos significaba tiranía y opresión, y para mi niñez y para mi adolescencia siguió significando tiranía y opresión. En cambio conservatismo significaba paz, tranquilidad para vivir y trabajar, libertad y respeto por las gentes⁵”.

Hubo otras trayectorias que también conducían al conservatismo. Tal es el caso de liberales que, en determinado momento, comprendieron que las propuestas de su partido no eran el camino adecuado. Rafael Núñez, uno de los líderes más prestigiosos e influyentes dentro de las filas del liberalismo, decepcionado de su partido, se pasó a las huestes conservadoras. Desde allí, no dudó en cuestionar la validez de unas medidas que, si bien en términos abstractos, parecían favorables para alcanzar el progreso, en la práctica, es decir, en el contexto colombiano de finales del XIX, resultaban de una ingenuidad pasmosa y dejaban al descubierto la distancia del Partido Liberal con respecto a la realidad colombiana. Jaramillo Uribe no dudó en valorar el “realismo” político de Núñez, que se alejó de las corrientes “utópicas” y “románticas” que habían agitado, sin mucho sentido, la vida nacional en las últimas décadas del siglo XIX⁶. Bajo la inspiración de una educación británica —y no francesa, como muchos de sus ex copartidarios— Núñez, prosigue Jaramillo, “[asumió] la política como arte de la transición, el realismo y la desconfianza por los sistemas ideológicos rígidos, un sentido práctico sobre la función del sentimiento religioso en la vida humana y en la vida política⁷”.

La Constitución de 1886

Luego de un periodo de menos de tres décadas en el que sus postulados religiosos no lograron permear la sociedad, los liberales fueron derrotados en las urnas y en los campos de batalla por los conservadores. Como en ocasiones anteriores, el triunfo militar fue ratificado a través de una nueva

5 Villegas, 1934: 20.

6 Jaramillo, 1997: 324.

7 Jaramillo, 1997: 91.

constitución. Los “Regeneradores”, de la mano de Miguel Antonio Caro (1843-1909) y de Rafael Núñez (1825-1894), dieron forma a un modelo que, más allá de algunas continuidades —evidentes, por ejemplo, en el plano económico—, representaba la antítesis del régimen anterior: el federalismo cedió su lugar a un rígido centralismo, las libertades individuales se vieron reducidas en nombre del orden y de una concepción autoritaria del poder y el confesionalismo estatal dio al traste con el proyecto laico. La Constitución de 1886 —la cual perduraría, aunque con muchos retoques, hasta 1991—, así como el Concordato firmado un año después, sentaron las bases de lo que puede considerarse un Estado confesional, dado el papel determinante que se le reconoció oficialmente a la Iglesia en la estructura de la sociedad colombiana. Veamos. Dios era la “fuente suprema de toda autoridad” (Preámbulo) y el Estado reconocía que “la Religión Católica, Apostólica y Romana, es de la Nación”, por lo que “los Poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social” (artículo 38). De acuerdo con el Concordato, en materia educativa, el papel docente del clero fue ampliamente reconocido, de manera que: “En las universidades y en los colegios, en las escuelas y en los demás centros de enseñanza, la educación y la instrucción pública se organizará y dirigirá en conformidad con los dogmas y la moral de la Religión Católica. La enseñanza religiosa será obligatoria en tales centros, y se observarán en ellos las prácticas piadosas de la Religión Católica” (artículo 12). Por otra parte, se estipulaba que el matrimonio religioso, el único válido para los católicos, tenía efectos civiles y quedaba sometido exclusivamente a la autoridad eclesiástica (artículos 17-19).

Una vez restablecido el “orden natural”, es decir el católico, sus defensores mostraban su satisfacción. Núñez, que a mediados de siglo había afirmado que “ni los ministros del culto católico, ni el culto mismo tendrán para el gobierno ninguna satisfacción”, sostenía ahora que “tras larga y tremenda lucha con los elementos anárquicos —lucha en que comprometí mi reposo, mi vida y aún mi honor— el país logró ver triunfante, merced a la ayuda de la Divina Providencia, los principios de orden, libertad y de Justicia. Considero, por tanto, el acto más honroso de mi vida aquel en que puse la sanción ejecutiva al pacto celebrado con la Santa Sede⁸”. La misma complacencia embargaba al clero colombiano. Monseñor Bernardo Herrera afirmaba, en su primera pastoral como arzobispo de Bogotá, que “las

8 Molina, 1988: 144-145.

instituciones que nos rigen han hecho justicia a la Iglesia y han reconocido que sin ella no puede haber orden social”, y agregaba que “los mandatarios encargados de la cosa pública han obrado como dignos representantes de un pueblo católico, acatando el sentimiento religioso”⁹.

José María Samper (1828-1888), como Núñez, llegó al conservatismo luego de haber militado en el liberalismo. Sin embargo, su “conversión” no implicó, en su caso, abandonar todos los principios del liberalismo. A diferencia de Núñez, Samper creía que los dos partidos podían hacer aportes importantes a la sociedad. Para que eso fuese posible, ambas colectividades debían renunciar a las aspiraciones que más hostilidad y rechazo provocaban en las filas adversas: de esta manera, al mismo tiempo que exigía a los liberales dejar de lado su radicalismo y anticlericalismo, pedía a los conservadores romper su alianza con el clero. Buena parte de sus esfuerzos se dirigieron, por una parte, a “rechazar la identificación entre conservatismo y catolicismo” y, por otra, a tratar de demostrar que el catolicismo no era incompatible con el progreso, las libertades, la democracia¹⁰. Su tarea era bastante ardua, pues ni unos ni otros parecían dispuestos a aceptar tales exigencias, sobre todo los conservadores que, para entonces, ya proclamaban que la defensa del catolicismo era su principal bandera, su rasgo más característico frente a los liberales. Unos años más tarde, sin embargo, nuevas voces se sumaban a los llamados de Samper, de manera que el entendimiento entre los dos partidos ya no parecía algo tan imposible de alcanzar.

Miguel Antonio Caro: un intelectual católico

Como lo acabamos de mencionar, uno de los principales artífices del nuevo orden constitucional fue Miguel Antonio Caro. Político, periodista, filólogo, traductor, Caro fue sobre todo un convencido hispanista que dejó una extensa obra. A diferencia de muchos conservadores, que habían finalmente aceptado algunos principios del liberalismo, como la ampliación del sufragio “universal”, la inclusión de las ciencias naturales en los programas educativos, el desarrollo de la industria, Caro no compartió el entusiasmo por la unión entre “tradición” y “progreso”. Fue, quizá, el único político del siglo

9 Herrera, 1912: 212-213.

10 Melo, 1978: 16.

xix que nunca renegó de la herencia española¹¹. Estas posturas, así como su fervorosa defensa del catolicismo, han alimentado, desde tiempo atrás, una polémica entre los historiadores. Por un lado, los defensores de Caro se han dado a la tarea de reivindicar su legado a través de una serie de trabajos en los que suele predominar el interés apologético. Desde la otra orilla, la historiografía liberal se ha encargado de insistir en la influencia negativa que tuvo para el país su conservadurismo “reaccionario”¹².

El trabajo ya citado de Jaime Jaramillo, muy rico en matices, brinda otros elementos de análisis sobre el polémico personaje. Al considerar que el legado hispánico era la base de la identidad nacional, Caro no podía aceptar la supuesta superioridad de los valores anglosajones. Ni siquiera los encontraba compatibles con el “espíritu hispanoamericano”, que era ajeno a una concepción burguesa del mundo, racional, calculadora, materialista. Su visión del país también se oponía a la de la mayor parte de sus contemporáneos, para quienes el desarrollo económico, la ciencia, el positivismo y las libertades individuales hacían parte del recetario para salir de la pobreza. Caro afirmaba que la importancia de una nación o de una cultura no podía medirse por su opulencia, y que lo más valioso para el país no era, por lo tanto, la prosperidad material sino la riqueza espiritual. De ahí la importancia que le atribuía a España: si bien es cierto que había naciones más aventajadas en el plano económico, científico, tecnológico e industrial, la gestión histórica de la “madre patria” superaba con creces a la de cualquier otro Estado, pues “ha sido el pueblo providencial encargado de llevar adelante el poder expansivo del espíritu cristiano”, espíritu que ha dado origen a los avances más valiosos en la historia de la humanidad. Por estas razones, para que Hispanoamérica pudiera realmente ser fiel a la organización del Estado que le transmitió la Corona, debía devolverles el contenido religioso a las tareas políticas y restablecer una unidad armónica entre el Estado y la Iglesia, para garantizar de esta manera la unidad nacional¹³.

A pesar de su enorme influencia, Caro no siempre contó con el pleno respaldo del conservatismo. Es más, tuvo incluso algunos enfrentamientos

11 Para exponer la importancia de Caro nos hemos remitido a la obra ya citada de Jaime Jaramillo.

12 Para una visión muy favorable a los múltiples legados de Caro, ver, en particular, Valderrama Andrade, 1961 y 1962. Una aproximación liberal se encuentra en el trabajo editado por Sierra Mejía, 2002.

13 Jaramillo muestra la influencia que tuvo en Caro el pensamiento de algunos tradicionalistas franceses, como De Maistre y De Bonald. Jaramillo, 1997: 358-361.

con altos prelados de la Iglesia, pese —o, quizá, debido— a presentarse a sí mismo como su máximo defensor. Una de las principales razones que explican el descontento que suscitaba Caro entre católicos y conservadores fue, sin duda, sus reiterados esfuerzos por mezclar la religión y la política. Caro, el ultramontano, entró en conflicto con la Iglesia cuando quiso fundar, con algunos de sus seguidores, un Partido católico. Tal iniciativa era necesaria, según ellos, para contrarrestar los avances del liberalismo, el “gran error” de los tiempos modernos. Ni siquiera la designación de Pío XI como supuesto jefe del partido, ni la adopción del *Syllabus* como “programa filosófico y político” del nuevo movimiento, fueron suficientes para legitimar su proyecto¹⁴. Para los jerarcas de la Iglesia, semejante propuesta no solo podía llegar a convertirse en una fuente de rivalidades entre los laicos y el clero, sino que también podía generar rivalidades al interior del propio catolicismo. Poco después de las polémicas relacionadas con el Partido católico, Caro volvió a enfrentarse con algunos obispos a raíz de sus reiterados llamados para que el clero participara activamente en la vida política. El arzobispo Herrera rechazó la manipulación de la religión con fines políticos, en particular la intervención de los miembros de la Iglesia en los debates electorales. En la pastoral de 1897, citando los propósitos de León XIII, Herrera sentenció: “... son dignos de censura aquellos que en defensa de grupos particulares, o para alcanzar algún fin político, cualquiera que sea, se sirven como argumento del nombre católico y abusan de los sentimientos católicos del pueblo [...]. Conviene que quienes están encargados de causas sagradas se abstengan por completo de apasionamientos políticos, a fin de que no se vuelvan sospechosos los ministros de la Iglesia¹⁵”. Herrera lamentaba, en particular, las presiones ejercidas por el gobierno de Caro: “... se nos amenaza con que seremos acusados a la Santa Sede; con que va a pedirse la reforma del concordato para poder reprimir a las Obispos, y se ha llegado hasta decir por personas muy allegadas al señor Caro que ahora están comprendiendo la razón que tuvo el General Mosquera [expresidente liberal que golpeó seriamente los intereses de la Iglesia] de hostilizar a los Obispos y al clero...¹⁶”.

14 Caro, 1962: 757-752, 18-26, 86-106.

15 Herrera, 1912: 410-411, 416.

16 Herrera, 1912: 43.

El republicanismo (1910-1920)

La Constitución de 1886 fue rechazada por el liberalismo y por algunos sectores del conservatismo, que muy pronto iniciaron diversas gestiones para introducir cambios: en particular, exigían reducir el poder del Ejecutivo, disminuir las diversas formas de censura, ampliar los espacios de participación política, restaurar las libertades civiles y alejar el sistema electoral de la interferencia oficial. Al fracasar en su intento por modificar la recién aprobada carta constitucional a través de los canales institucionales, los liberales radicales recurrieron a las armas. La Guerra de los Mil Días (1899-1902), una de las guerras civiles más violentas de los múltiples enfrentamientos en que se trenzaron los dos partidos a lo largo del siglo XIX, se saldó con una derrota aplastante de las huestes liberales. Tras la debacle, el radicalismo liberal dio paso a un ánimo más conciliador.

Hacia unas nuevas relaciones políticas

A partir de ese momento, en efecto, el Partido Liberal procedió a redefinir su agenda ideológica. Los principales jefes del liberalismo declararon la “paz religiosa”, dejando atrás las diatribas anticlericales. Rafael Uribe Uribe, hasta hacía poco uno de los mayores enemigos de conservadores y curas, afirmaba ahora que las luchas religiosas habían constituido uno de los principales obstáculos para el desarrollo del país durante el siglo XIX. Para la mayoría de los liberales, el anticlericalismo simplemente había desaparecido de su programa. Por eso, a propósito de la educación laica, Uribe decía: “los alumnos de las escuelas no salen menos buenos si se les explica el catecismo de la doctrina cristiana; no se observó que la enseñanza del principio benthamista de la utilidad en legislación y el sensismo de Tracy en filosofía, obligatoria aún después de haber sido revaluadas esas doctrinas por los pensadores liberales de Europa, fuese la causa eficiente de que el país marchara mejor...”. Y añadía que si bien asuntos como el matrimonio civil, la secularización de los cementerios, la prohibición de las procesiones públicas, la educación laica, habían consagrado, allí donde fueron introducidos, principios de justicia y tolerancia, ahora no eran más que “meras disputas de sacristía”, que no bastaban para regenerar a los pueblos ni para salvar al

país¹⁷. Si Uribe y sus copartidarios estaban dispuestos a dejar atrás sus reivindicaciones religiosas no fue solamente por la debilidad de su partido. Lo hacían teniendo en cuenta un nuevo contexto, en el que las luchas de clase, originadas por el incipiente desarrollo industrial, empezaban a vislumbrarse en el panorama colombiano. La llamada “cuestión social” estaba tomando el lugar del anticlericalismo en el programa de algunos sectores —todavía muy minoritarios— del liberalismo. Los “verdaderos y sagrados intereses del país” ya no eran las “reformas teológicas”, sino la defensa de los sectores populares¹⁸.

De esta manera, declarando públicamente que ya no representaban amenaza alguna para los intereses del catolicismo, los liberales intentaban apaciguar los temores de sus rivales¹⁹. Los gestos de reconciliación también vinieron del lado conservador o, más exactamente, de los conservadores moderados. El contexto desolador que vivía el país explica estos primeros acercamientos entre los dos partidos tradicionales. La Guerra de los Mil Días había dejado miles de muertos, enormes pérdidas materiales y, como para acabar de empeorar la situación, Panamá se había separado de Colombia en 1903. Ante ese panorama, un creciente número de representantes del bipartidismo comprendió que las reiteradas guerras civiles del siglo XIX eran, en muy buena medida, las causantes del atraso del país. Justamente, a comienzos de la nueva centuria, las exportaciones de café estaban sentando las bases para el desarrollo capitalista, lo que fue interpretado desde diversas posiciones como la posibilidad soñada para propiciar el desarrollo económico del país. En ese contexto, un nuevo talante en el ejercicio de la política, marcado por el deseo de reconciliación, cobró cada vez mayor relevancia entre periodistas, políticos, pedagogos e intelectuales.

En 1904, el conservador Rafael Reyes fue elegido presidente. Para adelantar la inaplazable tarea de reconstrucción moral y material que necesitaba el país, el nuevo jefe de Estado formó un gobierno de “Unión y concordia”, en el que las tareas administrativas debían desplazar el sectarismo político. Las esperanzas de muchos colombianos, que compartían sus ideales de

17 Uribe, 1979: 73-83.

18 Uribe, 1979: 73-83.

19 Uribe llegó incluso a escribir un libro, cuyo título era muy explícito en cuanto a sus intenciones —*De cómo el liberalismo no es pecado* (1912)—, en el que trataba de convencer al clero de que el liberalismo ya no era su enemigo. A pesar de sus esfuerzos, el libro no escapó a la condena de varios obispos.

unificación nacional, se vieron seriamente entorpecidas por los conservadores más extremistas, que no estaban dispuestos a pactar con el enemigo. Pese a los obstáculos, el nuevo clima de concordia que parecía caracterizar las relaciones entre los dos partidos tradicionales logró consolidarse en la segunda década, con el surgimiento de una nueva expresión política, el Republicanismo. Si bien estaba constituido por liberales y conservadores, se puede hablar de una nueva tendencia política si tenemos en cuenta los valores que perseguía, a saber: la concordia, la armonía, la tolerancia. A pesar de su significado, y de su enorme valor, este movimiento aún no ha merecido mayor atención por parte de los historiadores que trabajan el periodo de la “Hegemonía conservadora”. En medio de un gran vacío historiográfico, es posible, no obstante, señalar algunas de sus principales ideas programáticas.

La Unión Republicana

Uno de sus dirigentes más destacados fue Carlos E. Restrepo (1867-1939), un empresario que provenía de una de las regiones menos atrasadas del país —Antioquia—, epicentro del tímido desarrollo industrial que empezaba a darse por entonces y, como ya lo mencionamos, una de las regiones más conservadoras y católicas de toda Colombia. Restrepo representaba muy bien a una élite que no veía con buenos ojos la política beligerante, agresiva, militarista que había caracterizado a muchos otros sectores de ambos partidos. No era el único, y a todos ellos, además, se fueron sumando nuevos adeptos, convencidos de la necesidad de introducir un talante civilista en las relaciones políticas. Alfonso Villegas Restrepo (1884-1945), estrechamente vinculado con el periodismo, había fundado en 1911 el diario *El Tiempo* para defender la causa republicana²⁰. Luego, en 1921, creó otro periódico, *La República*, que se convirtió rápidamente en el principal sostén de la reconciliación bipartidista. En sus páginas, participaban liberales, conservadores, republicanos, socialistas, convencidos, todos ellos, de la necesidad de consolidar la tolerancia y el libre pensamiento, expresado en un clima de respeto por las ideas de la contraparte. El joven Germán Arciniegas, que pronto se convertiría en un importante gestor cultural, dirigía la “Página liberal” de *La República*; Abel Carbonell, una figura en la que

20 Poco después, en 1913, Villegas vendió el diario a Eduardo Santos, un importante líder del Partido Liberal que, por esos años, también se identificaba con el republicanismo.

nos detendremos más adelante, tuvo a su cargo la “Página conservadora”, desde la que promovió un conservadurismo claramente identificado con los valores democráticos.

En términos generacionales, el Republicanismo también era diverso. Reunía, por una parte, a “centenaristas”, es decir a todos aquellos que habían ingresado a la actividad política cuando Colombia celebraba el primer aniversario de su Independencia (1910), como Carlos E. Restrepo, Villegas y Carbonell; por otra, también contó con los más jóvenes, “Los nuevos”, como Arciniegas, que hicieron su irrupción en la vida del país una década más tarde, por lo que los volveremos a encontrar en el siguiente capítulo.

En 1910, Carlos E. Restrepo, candidato de la Unión Republicana, fue elegido nuevo presidente del país. Durante los cuatro años que estuvo en el gobierno, el republicanismo implementó importantes cambios políticos e institucionales que ayudarían a darle una estabilidad democrática al país durante unas cuantas décadas. Los cambios a los que aludimos se dieron en el marco de una reforma constitucional, en cuyas deliberaciones participaron exponentes de los dos partidos. Ese sería, entonces, un primer rasgo a valorar. A diferencia de las constituciones anteriores, la liberal de 1863 y la conservadora de 1886, las reformas que introdujeron los republicanos en 1910 eran fruto, no de la imposición de los vencedores en el campo de batalla, sino de un acuerdo, de un consenso entre las diferentes partes. Otro punto central fue la ampliación de las minorías políticas y una mayor transparencia electoral. El Partido Liberal pudo así participar activamente en el gobierno, medida que indudablemente ayudó a mejorar las relaciones entre ambas partes. Igualmente importantes fueron las limitaciones impuestas al poder ejecutivo, que, desde 1886, gozaba de una gran autonomía. Ahora, con el fin de equilibrar las diferentes ramas del poder, el presidencialismo sufrió ciertos recortes para evitar toda deriva autoritaria y para salvaguardar los derechos ciudadanos, que fueron nuevamente reconocidos, al tiempo que se suprimían diversas formas de censura.

El gobierno republicano aportó también innovaciones de consideración en las relaciones con la Iglesia católica. Desde tiempo atrás, Restrepo se había opuesto al uso político de la religión, desmarcándose de muchos de sus colegas conservadores. El distanciamiento que quería introducir entre los poderes temporal y espiritual implicaba fomentar un clima de tolerancia religiosa, que el propio jefe de Estado no dudó en defender públicamente:

Soy católico, pero como jefe civil del Estado —dándole a la Religión Católica las garantías que le reconoce la Constitución Nacional— no puedo erigirme en pontífice de ningún credo y sólo seré el guardián de la libertad de las creencias, cualesquiera que sean, de todos los colombianos²¹.

Según cuenta el propio “Carlosé”, recién iniciado su gobierno, recibió, por boca de un intermediario, una propuesta del arzobispo Herrera, en la que el alto prelado se comprometía a darle todo su apoyo y el del clero, a condición de que el Jefe de Estado aceptara apoyar la creación de un “partido conservador-católico”. Restrepo dice que rechazó la oferta “en nombre de mis propias ideas de católico”, agregando que “semejante amalgama político-religiosa” contrariaba las disposiciones del papa León XIII²². Su firme convicción de separar a la Iglesia de los asuntos del Estado provocó la ira santa de los sectores más intransigentes del catolicismo, a tal punto que Restrepo llegó a ser excomulgado.

Para las siguientes elecciones, celebradas en 1914, el republicanismo salió derrotado. Importantes representantes de los dos partidos habían empezado a abandonar el proyecto abanderado por Restrepo y volvían a las filas de sus partidos de origen. Sin embargo, hasta 1930, cuando la “Hegemonía conservadora” fue finalmente derrotada en las urnas por los liberales, los diferentes gobiernos siguieron, en mayor o menor medida, promoviendo ciertos valores del republicanismo. De manera que se puede perfectamente concluir que tanto las reformas como el “espíritu” del republicanismo no sólo lograron poner fin a las continuas guerras civiles, sino que, además, permitieron darle una estabilidad institucional al país y revigorizar su democracia, incluyendo a nuevos sectores, es decir ampliando las bases de la representatividad estatal. No era poca cosa.

La década de 1920²³

Como lo dijimos anteriormente, el Republicanismo, como partido político independiente, empezó a perder fuerza a finales de los años diez. La progresiva realineación de la sociedad en torno a las dos colectividades

21 Restrepo, 1972: 28.

22 Restrepo, 1972: 88.

23 Este capítulo retoma aspectos de mi trabajo, Arias, 2007.

tradicionales se intensificó a partir de comienzos de la siguiente década, muy seguramente debido a las transformaciones de todo tipo que se estaban dando en el país. El desarrollo económico, favorecido por el fin de los conflictos bipartidistas, el crecimiento de algunos centros urbanos, el surgimiento de nuevos agentes (proletariado, clase media, mujeres), la aparición de desafíos y de propuestas inéditos, introdujeron un aire de modernidad en aquellas regiones que conocieron todos estos cambios.

Fueron los medios universitarios en los cuales la generación de “Los nuevos” se hizo sentir en primera instancia y fue allí, igualmente, donde se gestó una clara división entre dos tendencias que pretendían, cada una a su manera, renovar la política colombiana. Por una parte, encontramos aquellos que se decían de “izquierda”, un término que quizá no corresponde a la realidad, toda vez que se trataba más bien de liberales que, con nuevos bríos, volvían a alzar la voz en nombre de su partido y arremetían, como no sucedía desde comienzos de siglo, contra los gobiernos conservadores. En la otra orilla, “la nueva derecha”, constituida por jóvenes bastante impetuosos, que se atribuían la misión de devolverle al conservadurismo la energía y la vitalidad que, según ellos, había perdido en manos de la vieja dirigencia. Entre sus representantes más influyentes, se destacaba un pequeño grupo, conocido como “Los leopardos”, liderado por Silvio Villegas.

“Los leopardos”

“Los leopardos” quisieron convertirse en el bastión frente a los avances del socialismo. Hay que advertir que la izquierda colombiana, en los años veinte —situación que no cambió en las siguientes dos décadas—, era un movimiento sumamente débil, que no lograba capturar a su propio electorado, por lo que continuamente se veía en la necesidad de acercarse a los sectores “progresistas” del liberalismo, aquellos que se atrevían a apoyar las reivindicaciones de los sectores populares. Y aun así, el socialismo, pese a su debilidad, suscitaba todo tipo de temores y estaba siempre presente en los discursos de conservadores y católicos, como si fuese una amenaza inminente. El clero, la prensa, los políticos, los intelectuales, todos, al unísono, repetían que la izquierda, término que en muchas ocasiones incluía a los liberales, era la culpable de la agitación social y de la lucha de clases. Sin duda, el clima revolucionario que sacudía distintos puntos del planeta exacerbaba los temores de quienes veían que lo sucedido en la Unión Soviética

y en el México de la guerra de los cristeros podía repetirse en Colombia si los católicos no asumían la defensa de la patria.

El clero era consciente de que la situación del trabajador requería un trato justo por parte de los patrones. En Antioquia, la Iglesia había dado origen a numerosas congregaciones obreras que ofrecían servicios de alfabetización, biblioteca, cooperativas y cajas de ahorro²⁴. De manera menos concreta, el episcopado recordaba a los patrones que no podían abusar del empleado ni desconocer sus derechos. También denunciaron el “abuso de las riquezas y la ostentación de los bienes”, que en ocasiones hacían las clases privilegiadas, pero al mismo tiempo les recordaba a los trabajadores que los abusos y exhibiciones de riqueza que hacían los hombres, “con menoscabo de las leyes de caridad y aun de la justicia, y las ocasiones de pecado que sin duda alguna tienen con harta frecuencia los ricos, no son razones para negarles el derecho que tienen a esas riquezas legítimamente adquiridas”. Tras denunciar una vez más las falsas promesas de los socialistas, que “hacen creer al pueblo que nada tiene que esperar para la otra vida”, las jerarquías católicas insistían en la necesidad de enseñar al obrero que “esta vida es tiempo de prueba, en el cual hemos de ganar, en el fiel cumplimiento del deber y con la paciencia en las adversidades, la felicidad eterna²⁵”.

Son precisamente los peligros de la izquierda los que explican, en muy buena medida, la pérdida de atractivo del Republicanismo. Para “Los leopardos”, “el partido republicano no es hoy idóneo para prosperar” en el país, pues el “término medio preconizado por el doctor [Carlos E.] Restrepo [...] carece de un criterio de certeza para fijar en cada caso el verdadero término medio²⁶”. Los términos “medios”, asociados cada vez más con soluciones débiles, mediocres, ya no eran los apropiados. Tal convicción legitimaba el descrédito de la democracia. Desde mediados de la década de 1920, “Los leopardos” incitaban a los jefes del conservatismo a “fortalecer” el gobierno. Como decía uno de ellos, en un lenguaje eminentemente beligerante y recargado, muy propio de ellos, el país requería, con carácter urgente, la mano firme de un caudillo que retomara el ejemplo de Bolívar:

Sobre la Colombia decrepita, vergonzante, raquítica, que nos entrega el civilismo; espectro de legalidad; con ejército que desconcierta la corrediza instrucción

24 *Conferencias Episcopales de Colombia*, 1956: 54-61.

25 *Conferencias Episcopales de Colombia*, 1956: 379.

26 *El Nuevo Tiempo*, 1922.

de los gobernantes; sin áspera noción de fiera criolla ni de varonía nacional, con endeble cultura, abismo de ideales desbarrancados; renegada de todo principio másculo, de la autoridad, de la Iglesia, de la gloria guerrera, de la arbitrariedad ambiciosa, reconstruyamos la Colombia de Bolívar, almizclada y atormentada como el Padre²⁷.

Sólo la doctrina cristiana ofrecía respuestas convenientes a la cuestión social, sólo ella podía evitar que la amenaza revolucionaria se convirtiera en realidad: “El movimiento socialista no ha empezado en Colombia. Hay problemas sociales, se juega con las quimeras rusas, pero el sentimiento de clase en el proletariado no despierta todavía [...]. Nosotros podemos esquivar el ciclo comunista marchando hacia un orden social católico”. Ese orden encontraba su principal fuente de inspiración en la doctrina social de la Iglesia, la cual remitía al “orden católico”. Éste era una especie de *juste milieu*, “en cuyo equilibrio desenvuelve el hombre la plenitud de su ser²⁸”. En términos concretos, el “orden católico” que evocaban “Los Leopardos”, lejos de remitir a un programa de reformas sociales, legitimaba un *statu quo* basado en el autoritarismo y en la preeminencia del clero:

Queremos para la República el orden civil preconizado por la Iglesia, que opone a las libertades revolucionarias, destructoras del Estado y del ciudadano, un concepto de libertades tradicionales. Buscamos la unidad nacional en la unidad religiosa. La Iglesia católica es el vaso espiritual que guarda los tesoros de la raza; y las religiones extranjeras no son ni ciertas, ni humanas, ni latinas²⁹.

De la doctrina social de la Iglesia también retomaban la idealización del campesino y de la vida rural, que no se cansaban de exaltar. El habitante del campo, apegado a su terruño, a su tierra, era el depositario de los valores más profundos de la “colombianidad”, el representante más puro del catolicismo. Tales ideas eran quizá resultado del temor que despertaban en amplios sectores del conservatismo las masas urbanas, proclives, según “los leopardos”, a todos los vicios propios de las ciudades. El campesino era igualmente exaltado por la relación supuestamente especial que tenía con la tierra, un ejemplo de vida que debía difundirse por todas las capas de la sociedad con el fin de reforzar el nacionalismo: “Como resultante del

27 Carreño, 1935: 142.

28 Villegas, 1937: 232.

29 Villegas, 1937: 232.

nacionalismo, tenemos que incorporar el hombre a la tierra para que ella tenga una personalidad ética, según la gran palabra de Maurras³⁰. El líder de la “Acción Francesa” era justamente uno de los principales referentes de “los leopardos”, tanto en términos ideológicos como en sus métodos. En las calles, los “conservadores doctrinarios”, vestidos de negro, realizaban marchas, insultaban a los paseantes y vociferaban sus simpatías por el fascismo italiano. Ya no ocultaban su desprecio por las fórmulas democráticas ni sus simpatías por los regímenes dictatoriales. En medio de una creciente radicalización dentro de las filas del conservatismo, sólo unos cuantos resistieron a esa tendencia cada vez más generalizada.

Los conservadores demócratas

Algunos intelectuales y políticos católicos, lejos de compartir el radicalismo de sus copartidarios, no dudaron en defender los valores de la democracia, en un contexto, vale la pena subrayarlo, cada vez más tenso e intransigente, en el que muchos católicos del mundo entero, aterrados por el auge del comunismo, dieron su respaldo a los regímenes autoritarios.

A finales de los años 1920, Guillermo Camacho Carrizosa (1876-1932), un periodista conservador, había denunciado el autoritarismo de los conservadores “doctrinarios”, a los que les recordaba que la doctrina conservadora, la verdadera, resultaba incompatible con tales postulados: “Hoy de lo que se trata es de saber si el partido conservador, que ha fundado en Colombia la libertad política, debe sacrificarla ante los temores fantásticos de un ‘puñal comunista’”. Y añadía que dentro del Partido conservador estaban surgiendo y consolidándose tendencias altamente nocivas para la democracia: “Es que, así como en el seno del partido liberal se marcaron siempre dos tendencias, una draconiana y otra civilista, con sus caracteres específicos, de la misma manera en el seno del partido conservador conviven dos corrientes: una dictatorial, que hoy levanta la cabeza, y otra reformista y legalista, que marcha por los caminos de la república³¹”. En una idea que sostuvo en varios artículos, Camacho Carrizosa se sirvió del caso inglés para tratar de demostrar que allí el conservatismo, que no había temido apoyar una serie de reformas sociales dentro del marco de la democracia, se había convertido

30 Villegas, 1937: 232.

31 “Es Tutankamen”, *El Tiempo*, 26 de junio de 1928.

en el partido de las libertades, lo que hizo de él “el dique contra la invasión bolchevique y el antídoto contra la difusión del mussolinismo³²”.

Abel Carbonell (1879-1971), quizá el representante más prestigioso de esta tendencia del conservadurismo democrático, recordaba el verdadero origen del descontento social y de la lucha de clases: los gobiernos dictatoriales surgieron en Europa “por el bien merecido descrédito de los regímenes contra los cuales reaccionaron”. Siendo así, se preguntaba con ironía: ¿cómo justificar la dictadura en Colombia? ¿Acaso no equivaldría ello a decir que “la obra del partido conservador, durante cuarenta años de hegemonía, ha fracasado”? Pues tal cosa “es lo que tácitamente declaran los amigos de las facultades extraordinarias³³”. Si se querían deslegitimar las protestas sociales, el camino no era la represión, sino un plan de reformas: “Cumple también al partido conservador, puesto que tiene la responsabilidad del gobierno, crear, por medio de leyes bien meditadas, un estado social reacio a los fenómenos que generan las luchas de clases, como son la miseria, el latifundio y las desigualdades injustas³⁴”.

Tanto Carbonell como Rafael Escallón, otro conservador que había ingresado a las filas republicanas, ya habían criticado, años atrás, “la excesiva ingerencia [sic] del clero en la política y la mezcla que muchos conservadores han hecho entre sus ideas políticas y la doctrina católica”; tales comportamientos eran la causa central del descontento de la juventud frente a la Iglesia. Resultaba apenas obvio que las actitudes “bélicas del pastor de almas”, “lanzando venablos contra el adversario político” desde el púlpito, “fomentando las pasiones políticas en nombre de la religión”, tuvieran efectos contraproducentes³⁵.

Conclusiones

En estas líneas finales queremos simplemente resaltar el dinamismo y la complejidad del conservatismo colombiano durante los años estudiados. Más allá de una imagen que tiende a presentarlo estancado en el tiempo, inmóvil, ajeno por completo al entorno social, conviene recordar que nunca

32 “El partido conservador inglés y la evolución política”, *El Tiempo*, 18 de julio de 1928.

33 Carbonell, 1929: 92.

34 Carbonell, 1929: 21-22.

35 “La juventud y la irreligión”, *La República*, 1 de enero de 1924.

se desinteresó de los principales desafíos que planteaba una sociedad que conocía importantes transformaciones. Dio muestras, por el contrario, de un gran dinamismo, replanteó algunos de sus postulados iniciales, revisó sus relaciones con el liberalismo. En algunos casos, defendió explícitamente valores democráticos y laicos. De manera que hacer del conservatismo una fuerza “reaccionaria”, “antimoderna”, sin más, sin matiz alguno, distorsiona un fenómeno mucho más diverso y complejo.

También conviene subrayar la importancia que tuvo el catolicismo para el conjunto del conservatismo. Más allá de la diversidad de tendencias, el factor religioso siempre fue un rasgo decisivo. Fue el factor determinante en sus relaciones con el liberalismo, con el clero, con el conjunto de la sociedad. Reivindicando tradiciones hispanistas, no consideraba posible pensar el cuerpo social independiente de los valores del catolicismo.

Bibliografía

- Arias, Ricardo, *El episcopado colombiano: intransigencia y laicidad (1850-2000)*, Bogotá, CESO-Ediciones Uniandes-ICANH, 2003.
- Arias, Ricardo, *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*, Bogotá, CESO-Ediciones Uniandes, 2007.
- Carbonell, Abel, *Por la doctrina*, Barranquilla, Editorial del Diario del Comercio, 1929.
- Caro, Miguel Antonio, *Escritos políticos*, Primera Serie, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990.
- Caro, Miguel Antonio, *Obras, Tomo I, Filosofía, Religión, Pedagogía*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1962.
- Carreño, José Camacho, *El último leopardo*, Bogotá, Talleres Mundo al Día, 1935.
- Colmenares, Germán, *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Universidad del Valle-Banco de la República, Colciencias, TM Editores, 1997 (tercera edición).
- Conferencias Episcopales de Colombia, Tomo I, 1908-1953*, Bogotá, Editorial El Catolicismo, 1956.
- Herrera, Bernardo, *Pastorales, circulares, decretos y otros documentos del Ilmo. y rvdmo. sr. dr. d. Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia*, Bogotá, Imprenta de San Bernardo, 1912, Tomo 1.
- Jaramillo, Jaime, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Planeta, 1997.
- Melo, Jorge Orlando, *Orígenes de los partidos políticos en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.
- Molina, Gerardo, *Las ideas liberales en Colombia, Tomo I, 1849-1914*, Bogotá, Tercer Mundo, 1988.
- Restrepo, Carlos E., *Orientación Republicana*, Bogotá, Banco Popular, 1972, Tomo II.
- Sierra Mejía, Rubén (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2002.

Uribe, Rafael, *Obras Selectas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1979, Tomo I.

Valderrama Andrade, Carlos, “El pensamiento de Miguel Antonio Caro”, Miguel Antonio Caro, *Obras: filosofía, religión y pedagogía*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1962: tomo I.

Valderrama Andrade, Carlos, *El pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1961

Villegas, Aquilino, *Por qué soy conservador*, Bogotá, Editorial Nueva, 1934.

Villegas, Silvio, *No hay enemigos a la derecha*, Manizales, Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata, 1937.